



SUMMERGIBLE

ANTOLOGÍA DE POESÍA Y NARRATIVA

UCUENCA - UNAM



Summergible

Antología de poesía y narrativa

UCUENCA - UNAM

Summergible, antología de poesía y narrativa UCUEENCA - UNAM

©Universidad de Cuenca

Autores: Ámbar Chica ▶ Juan Paulo Rubio ▶ Alex Álvarez ▶ Fernando Prieto ▶ Emilia Villao ▶ Indira Meneses ▶ Verónica Neira ▶ Jojo Quezada ▶ Ariatna Gámez Soto ▶ Natalia Pedroza y Fernández ▶ Kanek Rodrigo Quintanar Tapia ▶ Alejandro Sánchez Cancino ▶ Tonas Lima ▶ Álvaro de Santiago ▶ Manlio D.M.A ▶ Ophelia Solana ▶ Jorge Teodoro Butiña ▶ Álvaro Chillogallo ▶ Laura Bacilio ▶ Sebastián Berrezueta ▶ Natalia Bassoco Ruiz Esparza ▶ Marcos A. Medrano ▶ Carmen Macedo Odilón ▶ César Santos ▶ Andrea Rojo ▶ Leonorah Izher ▶ Jaime Jair Ortega de la Sancha ▶

Juan David Acurio y UCuenca Press
Compiladores de poesía y cuento
UCuenca

Carmina Estrada, Fabián Espejel y Aranzazú Blázquez
Reunión de poesía y cuento de *Punto de partida* y *Punto en Línea*
Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura UNAM

María Augusta Hermida Palacios
Rectora de la Universidad de Cuenca

UCuenca Press
Coordinador editorial: Daniel López Zamora ♦ Editora: Ángeles Martínez Donoso ♦ Diseño: Geovanny Gavilanes Pando y Jossue Cárdenas Santos
♦ Administrador de imprenta: Mario Rodríguez Manzano

Taller gráfico
Ciudadela Universitaria
Doce de Abril y Agustín Cueva
(+ 593 7) 405 1000
Casilla postal 01.01.168

Primera edición
1000 ejemplares

Cuenca - Ecuador
2022

UCUENCA PRESS 



LITERATURA UNAM

punto
de partida

[UCUENCA]

Poesía

Índice / Poesía [UCUENCA]

Matar al padre	8
JUAN DAVID ACURIO	
Murcelagaria	10
ÁMBAR CHICA	
Mercado Libre	12
JUAN PAULO RUBIO	
Cenizas	14
ALEX ÁLVAREZ	
Una sombra pasa junto a mí	16
FERNANDO PRIETO	
Soy mujer, existo y escribo	18
EMILIA VILLAO	
Y si... ¿vamos por un trago?	22
INDIRA MENESES	
Concierto en do menor	26
VERÓNICA NEIRA	
Asalto a la librería	28
JOJO QUEZADA	

Matar al padre

Siempre que se hacen compilaciones de escritorxs que tienen menos de 30, o que nunca han publicado, o que recién se animan a mostrar sus textos, o que son eternos recitantes de los recitales; decimos: literatura emergente. Emerger, en el diccionario, dice que es salir de algún líquido, hay quienes siempre van a estar saliendo del líquido. Para ser unx escritorx consagrado en la ciudad hay que ganar premios y que te reconozca un público, que no tenemos, como poeta.

No conozco al poeta que quiere llamarse a sí mismo poeta.

¿Cuándo dejan/dejamos de emerger?

Los textos de estos estudiantes y ex-estudiantes de la Universidad de Cuenca, evidencian una voz clara que nos repite lo que esta generación de emergentes hace desde hace tiempo: vamos a matar al padre. Al padre como símbolo de lo masculino, de la exclusión de las voces femeninas y de las diversidades sexo genéricas, del padre como el pasillo pequeño por donde pasas contra el piso.

Matar al padre, asesinar al padre, parricidio con metáforas, poetas que nunca dejan de emerger de un líquido que no quiere soltar.

¡Bienvenides!

Juan David Acurio

m

Ámbar Chica

Murcelagaria

Volátil encendida,
tus alas afiladas en mi boca
suspiran huracanes taciturnos.

Escuchas el tintinear de las estrellas
mientras mi dedo agujonea
el pico erecto de tu flor desnuda.

Sonrisas de amantes con medias rotas
minan los caminos hacia el campo
/solitario
/silencioso

Cuando abro las piernas para recibirte
el oleaje de tus embestidas conspira los nombres de
antiguos pueblos
(los nuestros)
donde vagamos con los cocuyos.

Yacemos abrazadas sobre nidos de abejorros
/dormidera bostezo
/esfinge crisálida
/floripondio dromedario

La sangre lame heridas de naufragio
en tu piel de matrona solitaria.
Cuando el murmullo de los depredadores nos alcanza,
pongo el sol en tus manos
para que recibas mi canto y mi aurora.

m

Juan Paulo Rubio

**Mercado
Libre**

Te vendo mi enfermedad venérea,
la fragancia de ostras podridas que se esconde en la
madriguera clitoral,
el semen petrificado de Adán y el condón dorado de
Wall Street;
los pliegues de mi piel, que se acoplan a tu piel,
chorreándose sobre tú alma sodomita,
pezones mitad leche, mitad silicona;
el orgasmo cronometrado y las posiciones del astro de
Belén;
la carencia de spondylus en las venus latinoamericanas,
parafilias en promociones orgásmicas y ofertas jugosas
de vientre bajo.
Te vendo el goce de tu jolgorio masculino,
el rechazo de tu cónyuge,
el recuerdo permanente de la penetración,
en carne podrida, de carne ajena, en carne propia.
Me vendo...

C

Alex Álvarez

Cenizas

Querido tú,

hecho añicos,
roto y en silencio.

Simple y completo.

Lleno de vida,
pero a la vez, muerto.

Si las sonrisas a medias hablarán,
cuánto diría el silencio.

Si la presencia habla,
cuánto diría la ausencia.

Si el miedo habla,
cuánto dirías sin cadenas.

Querido tú,

cuando decidas caminar
ningún camino será corto.

Si empiezo a caminar,
los pasos escriben.

Sí, creí que todo terminaba
y cuánto disfruté volver a vivir.

Cada respiro cuenta,

cuenta cada intento
y cada caída.

Solo las cenizas sabrán
cuánto tardó el fénix.

u

Fernando Prieto

**Una
sombra pasa
junto a mí**

Y deja el rastro de su camino
en las paredes.

Una sombra atraviesa la calle,
se arrastra
en medio de las multitudes.

Un hombre
inclina la cabeza y saluda
a otras sombras
que también se arrastran a su lado
buscando el cuerpo
al que pertenecieron.

Ya no queda nada
en el silencio se escucha el grito de los huesos.
Y un cuerpo se recuesta a mi lado
para llenar el vacío de la habitación.

Solo el grito de los huesos
que antes ocuparon estas camas.

Un cuerpo
se recuesta junto a mí
para fundir mi cuerpo con su caos,
arrastrando el vestigio de las voces, de otros cuerpos,
de otras sombras que se hunden en los pliegues de las
sábanas, donde el espacio dormido nos llama hacia la
nada.

S

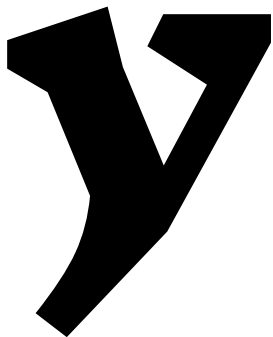
Emilia Villao

**Soy mujer,
existo y
escribo**

Soy mujer, me levanto y escribo,
Soy mujer, lloro y escribo.
Escribo, pero no puedo hablar sobre cómo me hace
llorar la luna.
Escribo, pero mis personajes no gritan, no gimen, no se
ríen, no se equivocan.
Escribo, pero así no escriben los hombres ese género.
Escribo, pero eso suena muy subido de tono, muy
explícito.
Escribo, pero los hombres lo hacen mejor.
¿Entonces para qué escribo?
Safo escribió, pero también lo hizo Homero y a ella la
repudiaron.
Austen escribió, pero ella hablaba de romances y de
mujeres.
Shelley escribió, pero Allan Poe fue mejor, más
tenebroso, más oscuro.
Garro escribió, pero Márquez y Cortázar son de los que
se habla.
Soy mujer, y busco en los rostros de los hombres a las
mujeres.
Mujeres que no me dejan leer, mujeres de las que
nunca sé nada.
¿Por qué, maestro, sigo leyendo de abusadores?
¿Por qué, maestro, sigo leyendo sobre borrachos y
violaciones?
¿Por qué, maestro, sigo leyendo sobre las mujeres en
las letras de los hombres?

¿Por qué, maestro, no puede leer sobre las mujeres?
¿Por qué, maestro, si a mí no me interesan los hombres?
¿Qué tiene Borges, qué tiene Neruda, qué tiene Paz,
que Mistral, qué Allende, qué Pizarnik no tenga?
¿Por qué no puedo leer a Natalia, a Mónica, a Gabriela,
a Claudia?
¿Por qué no puedo leer a mi mejor amiga, que escribe
sobre flores?
¿Por qué las mujeres de las que escriben son odiadas
por las mismas cosas que hacen los hombres escritos
por hombres?
Soy mujer, me levanto, me cuestiono.
Y luego escribo.
Escribo por las que no están.
Escribo por las que vienen.
Escribo por las que escriben.
Escribo para mí.
Escribo para ellas.
Escribo sobre la sensación del mar en mis pies,
De las piedritas en la arena, del sueño que tuve,
Escribo sobre otras mujeres, sobre lo que siento,
Sobre a quién amo, mis sueños, mis muslos,
el punto en mi espalda que me pone risueña,
y el dolor de un primer corazón roto.
A las mujeres que me escuchan, les digo:
Escriban, porque escribir es un acto de rebeldía
Escriban, porque es la única forma de recordarle al
mundo que estamos aquí.

Por eso soy mujer, existo y escribo.



Indira Meneses

Y si...

**¿vamos por
un trago?**

He dejado las páginas en blanco y el tintero lleno.
mientras se me desbordaba el vaso de miedo.
de conocer, de reconocer todo aquello
que me arde en las tripas.
Para cuando quise escribirlo
me había tragado tantas palabras
que ya no podía escupirlas.

Y me fui al bar
a ahogar las venas en alcohol.
pero me encontré con gente que estaba peor que yo.

Un alguien desconocido de valores que le chiflaba al
camarero,
otra joven perturbada por muchos, cediendo
ante la baba de hombres canosos y con cara de billetera.

Uno que otro peleando afuera por un amor romántico e
idealizado,
que en otros tiempos tranquilamente podría haber sido
yo.
Gente tras gente,
persiguiendo con ansia líneas en el baño, sin saber leer.

Rotos y descosidos,
quitándose los hilos y desnudándose ante un ron con cola
que duele un culo al día siguiente.

Partiéndose el lomo, trabajándose
para al final de la noche hundirse en un bulevar oscuro
donde por fin pueden ser o dejar de serlo.

Vomitando en la acera emociones
un poco de tequila y la comida de medio día.
Acercando sus cuerpos “sus templos” con otros
para construir ciudades de cemento.

Aquí espero el próximo fin de semana
para encontrarme con un alguien peor que yo
para sentirme mejor, o al menos fingirlo.

C

Verónica Neira

**Concierto
en do menor**

Busco repetir tu nombre,
encontrarte en cualquier esquina.
Me invento pretextos
y te sueño.
Sueño en tus labios
apenas rozando los míos.
Te imaginé tanto,
en todos los días venideros,
en los prados y en la música,
en la lluvia y en mi cama.
Y en la casa estás,
aunque no vengas nunca.
Te guardo el espacio en la mesa,
pero es inútil.
¿Me llamas aún?
¿Sueñas también en mis manos?
Te escribo y espero que seas,
que encuentres las palabras,
alargues el momento,
que estés,
que cantes y vuelvas.
Me busco en tus letras
esperando encontrar al menos un despojo,
una migaja,
que me haga creer que sí,
que has hallado la forma,
las palabras y los sueños.
¿Me escuchas?
Tu música no se ha callado en mi cabeza.
Y si no vuelves,
¿la puedes apagar al menos?

a

Jojo Quezada

**Asalto a
la librería**

No busques a dios en las iglesias
no vive ahí, nunca lo hizo.

Tenemos sacerdotes que dan la comunión a niños que
han violado unos momentos atrás
a monjas que han abortado tantas veces como han
pronunciado un discurso de odio contra quienes lo
hacen
a poetas que escriben sobre drogas que nunca se han
atrevido a probar
tenemos a Neruda escribiendo unos versos dulces que
le darán mucha fama mientras ultraja a otra jovencita
tenemos a un borracho que sensible en medio de una
lluvia de botellazos
y crestones que lucen esvásticas tatuadas en el cuerpo
mientras escupen insultos contra el gobierno.

Aquí descansan los restos de un artista que quiso ser
universitario
vi a las mejores mentes de mi generación desnudarse,
someterse y humillarse para obtener buenas
calificaciones
vi a grandes hombres y mujeres arrancarse los talentos
para tener un título que pruebe que no desperdiciaron
su vida
vi a tantos amantes de los animales hasta llegada la
hora del almuerzo

y a tantos predicadores de la paz asesinar con sus palabras y enterrar una lanza en el costado de los Cristos de hoy
y en la televisión me dicen que está todo mal, pero que no pierda la cabeza
y la calle huele a excremento y a semen y a muerte, pero no tengo que perder la cabeza
y los estudios se vuelven una prisión que te amarra a la vida profesional, pero no tengo que perder la cabeza
y mi familia baila mientras la máquina los arrastra a la trituradora, pero no tengo que perder la cabeza
y los psiquiatras me dicen que es insano ver la vida como un abismo infinito de torturas y pérdidas que a veces se esconde entre sonrisas y orgasmos
y me medican porque tienen miedo de que pierda la cabeza
porque entonces no podré producir y seré innecesario pero ya la perdí, y no la quiero encontrar porque sin cabeza siento que pienso mejor
y me pesa el aire que otros sueltan sobre mis hombros
y los abrazos se vuelven latigazos que desgarran mi piel
y los besos promesas que sé que van a olvidarse
y pierdo la cabeza nuevamente.

Hoy se levantó de buenas el presidente, nos va a regalar una sonrisa
pero yo no como sonrisas, y tampoco me visten sus aplausos

la poesía se hizo para morirse de hambre
pocos se detienen a alimentarla, porque para
comprenderla no basta una vida
y los malabaristas se suicidan en los semáforos para
ganar un par de centavos
y los escritores mienten que escriben y que viven lo que
escriben
y los recolectores de basura se vuelven reyes con
nuestros desperdicios
y la bibliotecaria sonrío ingenuamente porque no cree
que alguien que lee poesía sea capaz de robarle
porque tiene la mala idea de que los lectores son gente
de bien
por mala suerte
por mala costumbre.

Aquí seguimos asqueándonos de poetas mágicos
nos llueven canciones de amor que solo se componen
después de haberse destruido el corazón intentando
amar a alguien
y dios eyacula bendiciones que se tragan los ricos para
mearnos luego y exigirnos que le agradezcamos
pero dios no está en las iglesias.

Y seguimos venerando escritores de mierda
y seguimos enriqueciendo empresarios de mierda
y seguimos arrodillándonos ante estatuas de mierda

y luego nos golpeamos el pecho por ser lo que somos
como si ser diferentes fuera una opción a seguir.

Se escaparon de nuevo los sueños por la ventana
mandemos a un corredor profesional a perseguirlos
mientras todos se distraen en esa ficción absurda que
llaman éxito
yo voy a robar unos cuántos libros
algunos los leeré, otros me leerán a mí y otros se me
perderán cuando esté borracha
y si hace falta
volvemos a montar un teatro y asaltamos la librería
igual, dios no está aquí tampoco.

[UNAM]

Poesía

Índice / Poesía [UNAM]

Autorretrato con cemento	40
ARIATNA GÁMEZ SOTO	
Mercado bursátil	42
MANLIO D.M.A.	
Recuerdo de los Altos	46
NATALIA PEDROZA Y FERNÁNDEZ	
Traslado (fragmento)	50
KANEK RODRIGO QUINTANAR TAPIA	
Flores	54
ALEJANDRO SÁNCHEZ CANCINO	
Iztapalapa	56
TONAS LIMA	
Mapa de la República Mexicana con división política y sin nombres	58
ÁLVARO DE SANTIAGO	

a

Ariatna Gámez Soto

Autorretrato con cemento

Punto de partida #230 Periferias

Me he convertido en casa,
en paredes ambulantes
y mosaicos que se rompen al tacto.

Soy los ladrillos que se pudren,
el cemento que ya no pega,

la agonía de la ciudad que me construye.

Casa en la periferia de la periferia,
en la parte olvidada por todos;

los caminos avanzan llenos de baches
en medio del lodo en la terracería.

Cuadrado gris
y vacío de pintura
como un método de defensa.

Esto soy yo,
los muros cubiertos con vidrio,
el alambre de púas que protege a mi cuerpo.

m

Manlio D. M. A.

Mercado bursátil

Punto de partida #233 Efectos colaterales

Me hablas de tus últimos días,
de lo cansada que estás, aunque apenas es martes,
y lo difícil de aguantar sola esta cuarentena

mientras los millonarios se preocupan por su varo
y en los noticieros insisten en que nadie debería estar fuera,
aunque para mucha gente sea imposible

afortunadamente no para nosotros,
y usamos el tiempo para imaginar que la bolsa
y los mercados internacionales
son como nuestros sentimientos

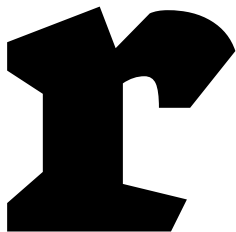
como adolescentes acostumbrados a la inercia de la felicidad
y a la velocidad del crecimiento en valor de las acciones,
de los dividendos del trabajo asalariado

adolescentes que cuando están tristes o asustados
prefieren la liquidez de las lágrimas o el efectivo,
pues quizá ahora todo siempre vaya para abajo

incluso en Google descubrimos un índice
que calcula el miedo de las fluctuaciones
y que en Guayaquil los cuerpos de las gentes
se pudren en las calles

la sabiduría (según el poeta)
consiste en no cerrar los ojos durante la caída:
No olvides respirar profundo, amor,
y disfrutar de los días, a veces
resistir también es perder

y yo me pregunto *¿qué vas a hacer tan sola hoy?*
yo sólo quiero estar con vos,
sólo estar un rato más con vos



Natalia Pedroza y Fernández

Recuerdo de los Altos

Punto en Línea / febrero-marzo 2022 / N° 97

Ya no escucho más el silencio
que me diste como obsequio en la sierra,
en tu pueblo, en tu peña.

Recuerdo el día mojando nuestras risas,
el Cristo queriendo entrar en nuestra lengua;
tu casa, enteramente vieja,
cobijando nuestros besos.

Hacer el amor
donde fuiste concebido,
escucharte decir:
“Aquí se ama”.

Me llené de lodo,
caminé desnuda por las calles
y mi voz retumbó en cada piedra
que acoge las rebeldes almas del Mixtón.

Dormí en las dulces aguas,
cálidos destellos de Dios;
viví el sueño
de perderme en el tiempo.

¿Dónde encontrar la mujer que te di,
si el río Verde siguió corriendo,
si los árboles que toqué son tan viejos,
si la botella ha quedado vacía?

Y yo bebía tus palabras
como bebo el alcohol que no me gusta
cuando ya no queda nada más que beber.

t

Kanek Rodrigo Quintanar Tapia

Traslado (fragmento)

Punto de partida #230 Periferias

Los rostros que miro en mi traslado son cicatrices,
heridas que se cierran sobre la piel del anonimato.
Si encuentro las oraciones exactas
podría despertar a los que duermen,
pero las palabras
que habían venido en su disfraz de relámpago
están atrapadas en la catenaria de los trenes,
alimentando el camino a ninguna parte;
busco cuál de mis imágenes puede despertar a los pasajeros,
las cubetadas de arena
lanzadas hacia las pupilas para clausurar los ojos,
las casas que ya no crecen,
como plantas
detenidas en un instante donde el tiempo se hizo cemento,
montañas a medio terminar,
las banquetas que abren su boca
para que sintamos la corporalidad de su mudez,
más corporal que nuestras sonrisas.
Todos los rostros permanecen anónimos,
cerrados como la blancura de la sal
que arde inmensamente,
que guarda en un mismo grano el espíritu de la lágrima,
la esterilidad de la tierra
y el sabor de la sopa,

así los rostros anónimos,
blancos como la sal,
buscan esconderse en los charcos de mi alma,
donde pueden sazonar la nada.
Las horas que pasamos en el transporte
deben ir a parar a algún lado.

f

Alejandro Sánchez Cancino

Flores

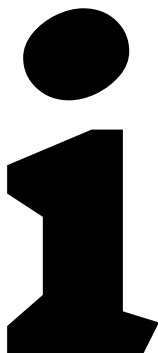
Punto de partida #231 Placer

Si buscaras, acaso, los hilos
que sostienen los pétalos
soberbios de las flores,
con sus ganas espectrales
de ser divisadas,
encontrarías una corólica tragedia
nunca antes vista,
nunca antes reventada
en el pecho de la calma.

Hoy
que se enrede la tierra.

Las tardes que masticaban la banqueta
me han otorgado una tregua.

Hoy
amarraste tus venas más moradas
a este trueno sordo.
Obsequiado botón que desabrocha
con su carne invisible la luz
de los días que no esperan.



Tonas Lima

Iztapalapa

Punto de partida #230 Periferias

El periférico está al alcance de mis manos
la luna en cuarto menguante
las pipas pasan
llevando el agua de todos los días
Iztapalapa no tiene nada
vivo aquí
una mujer aparece embolsada
los más inhóspitos rincones serán la tumba
musiquita de series navideñas como réquiem
hoy de un amigo
mañana de mí mismo
San Judas nos verá con gesto triste
la Virgen nos cuida
San Diego es mi amigo
un moreno
un carnal abajo y a la izquierda
en su pecho lleva la divinidad
aunque se crea sin destino
es José
la Comadreja
un mismo amigo
yo
la Muerte
aquí es borracha la pinche Muerte
borracha la pinche carne
y aun
sin principios
la amistad existe.

Álvaro de Santiago

Mapa de la República Mexicana con división política y sin nombres

Tan lejos de

Dios y tan cerca de Estados Unidos.

México lindo y jodido, ojalá mis pasos fuesen

grabados en tu tierra como una cicatriz de plomo.

Así podría volver todas las veces sobre

mis pasos. Para encontrar la vida que perdí,

la vida que me arrebataste a cada

paso. Ya no te tengo rencor,

tú sabes que te pedí perdón

a cada paso.

Besé tu tierra con los pies y con

los labios.

Pero es tiempo de partir y me despido

como me enseñaste: caminando,

llorando paso a paso.

Punto de partida #226 Rexistencia

[UCUENCA]

Narrativa

Índice/Narrativa [UCUENCA]

Las brujas no se queman 62

OPHELIA SOLANA

Tal vez no esté alucinando 70

JORGE TEODORO BUTIÑA

Posibilidades..... 74

ÁLVARO CHILLOGALLO

Se ha ido, no está..... 78

LAURA BACILIO

Un final 82

SEBASTIÁN BERREZUETA

1

Ophelia Solana

Las brujas no se quemán

Lo primero que le enseñaron a Helena fue que debía temerle a las brujas. Los señores de la Casa de los Machos, a los que llamaba valientes, habían sido claros cuando dijeron que no debía ni acercarse, ni pensar en ellas. Las brujas vivían al norte de la ciudad, en la playa donde nunca dejaba de llover y para llegar hasta ellas debían enfrentarse a Trinidad: tres hechiceras poderosas que podrían destruirte para siempre.

La primera era la de las antorchas, que se movían sin parar y perseguían a los hombres de la Casa de los Machos, simplemente porque querían que se quemaran. Los valientes decían que la bruja de las antorchas no tenía piedad y que era cruel; porque cada vez que intentaban tocarla, ella les hacía arder la piel. Era hermosa, Helena lo sabía, de ojos oscuros y largos rizos que se alumbraban con el resplandor de sus armas letales, que se acoplaban a su tez morena. Los valientes también decían que tenía una lengua de serpiente y que podía inyectar su veneno con un solo toque. Que hablaban hasta por los cielos sobre mundos que nunca existieron, sobre lugares que nunca presenciaron.

La segunda bruja era la nacida de Titanes, que alguna vez gobernaron las tierras de la Casa de los Machos. La transformadora, la llamaban. Los hombres que se topaban con ella no regresaban pero enviaba pequeños animales rosados y abultados, que terminaban quemando en la hoguera por temor a que estuvieran maldecidos. De ojos rasgados y piel amarillenta, era muy altiva, decían los

valientes. *No fuerte*, porque eso era cuestión de machos. *No astuta*, porque las brujas no pensaban. A Helena no le gustaba la segunda bruja. Ella era la culpable de que la gente se pusiera enferma. Les había dicho a los valientes que si hervían las plantas y preparaban las pociones que les recomendaba, podrían ser poderosos como los dioses y los toros.

Esto funcionó por un tiempo y los hombres, agradecidos por su nobleza, la habían convertido en la sirvienta de turno para prepararlas. Ella se enfadó con cada uno, diciendo que ella no era sirvienta de nadie. Helena no lo entendía, porque el propósito de las mujeres siempre fue servir a los hombres de la Casa de los Machos. La bruja también había gritado a los cuatro vientos que se merecía el reconocimiento por su trabajo y que los valientes se lo habían quitado. Eso no era cierto. El gran Dios Blanco era quién se encargaba de poner los pensamientos en las mentes de las mujeres, era a él a quién le debían honor y honra.

La última era a la que más le temía Helena. Le decían *La Bárbara*. Su historia era diferente a las demás porque nadie sabía a ciencia cierta de dónde venía. No tenía la piel como ellos, ni tampoco era alta; tenía ojos suaves y una nariz prominente, al igual que cejas marcadas de un oscuro tan profundo como el anochecer. Su piel era morena, casi besada por el sol y los hombres nunca entendieron su lengua. Decían que había seguido a uno de los valientes, *al héroe de la capa de lana de oro* porque lo amaba, pero que se decepcionó al ver que él tenía otras mujeres. Helena no la

comprendía. Los valientes estaban en todo su derecho de estar con otras.

También decían que estaba loca. Sus llantos y sus lágrimas se escuchaban a largas distancias y sus exigencias les daban dolor de cabeza a los hombres. Era feroz, creía Helena. Porque los valientes siempre parecían tener recelo en las expediciones que surgían hasta el lugar donde vivía. Decían que había matado a los hijos del hombre que amaba. Que era extranjera, que tenía acento, que no tenía su tono de piel, que amaba a otras brujas. Que era abierta, que podía expresar sus sentimientos, pensaba Helena, con una mueca de horror. *Que era libre*. Solo pensar en ella y de lo que era capaz, la ponía a temblar.

Las brujas eran malvadas con los hombres. Ellas se quedaban con la isla donde siempre florecía gracias a las lluvias y dejaban a los hombres a su voluntad, sin tener compasión de ellos. Los valientes de la Casa de los Machos que jugaban a patear la pelota y golpearse entre ellos, que la tocaban cuando quisieran, que se reían cuando ella lloraba. Eran tan agradables y Helena no podía entender la rabia de las brujas contra ellos. Por eso, cuando los hombres le pidieron que se acercara a la isla de las brujas, Helena no dudó ni un segundo. Se lo debía a los valientes, que siempre fueron tan buenos con ella. Además, no debía tener miedo, porque ellos estaban ahí para protegerla. Era su deber como mujer sacrificarse por ellos.

Pero a medida que se acercaba, Helena hizo una mueca de preocupación. ¿Podrían negarse las brujas a dejarla

pasar?, ¿la obligarían a beber sus pociones, a vestirse como ellas quisieran, a mostrar su cuerpo para su placer y no para los hombres?, ¿a eliminar a su hijo no nacido? Helena sabía que no podía negarse a lo que decían los valientes, pero no sabía si eso también afectaba a las brujas.

Los hombres la dejaron al pie de la isla, donde comenzó a remar. Cuando llegó a la playa, caminó con temor de caerse porque la lluvia parecía nunca tener un descanso. Atravesó los matorrales, avanzó las colinas y trepó entre las ramas. Para cuando llegó a su destino, la lluvia había empapado su vestido. Los valientes no le habían ofrecido un abrigo porque eso solo podían usar ellos, así que abrazándose a sí misma siguió su andar.

Quién eres, preguntó una voz. Helena esperaba un tono tenebroso, furioso, como la lluvia que caía a su alrededor. Como el de los hombres cuando no podía hacer algo bien porque era mujer y por lo tanto, inútil. Pero la voz era suave, casi curiosa.

—*Helena* —dijo ella.

—*Hola, Helena*. —contestó la voz.

Helena se sorprendió. Nunca le hablaron con tanta amabilidad. Ni tampoco la llamaron por su nombre. Los hombres siempre la llamaban *niña* o le silbaban.

—*¿Qué deseas?*—preguntó otra voz. —Era igual de suave que la primera. No grosera, no prepotente. Solo curiosa—.

—*Quiero que dejen pasar a los hombres. Se mueren de hambre por su crueldad*. —Contestó, apretando los puños. *Los hombres son justos y amables y ustedes dejan que sufran*.

—¿Los hombres? —dijo una tercera voz. *Los hombres son destructores. Si están sufriendo es por su propia culpa.*

—¿Cómo puedes decir eso! —Dijo Helena con tristeza. *Me han dado siempre todo lo que necesito. Y me duele verlos sufrir así.*

—¿Te respetan? —Dijo la primera voz.

—Sí.

—¿Te dejan elegir sobre tu cuerpo?, ¿te dejan aceptar tus creencias?, ¿consideran tus opiniones sobre la ciencia, la historia, la filosofía?, ¿te quieren por cómo eres?, ¿les brindas tu consentimiento para tocarte?

—¿Por qué harían eso los valientes? —preguntó Helena con confusión.

—Entonces no te respetan —dijo la segunda voz.

—¿Cómo es eso?

—Los valientes, como tú los llamas, no te respetan. No te ven como una igual, sino como una inferior. Te tratan como un sirviente, como un esclavo. No te aprecian, te ignoran, te lastiman y tú lo observas como si nada. Porque está muy normalizado para ti —dijo la tercera voz.

—¿No! ¿Cómo puedes decir eso? Ellos me quieren.

—¿No! —volvió a decir la de las antorchas. *Ellos no te quieren. Querer no es sinónimo de sufrir. Ni de dolor. Ni de pena.*

Helena se quedó callada. Las brujas eran tan tercas. Los hombres nunca le habían hecho algo como eso. Ellos eran buenos, por eso eran valientes.

—¿No! Entendemos tu confusión, Helena. Por eso queremos que veas fuera de tu cueva. Quitarte esa venda de los ojos —explicó la Bárbara. ¿Podríamos hacer eso?

Helena titubeó. La lluvia a su alrededor dejó de caer como un diluvio y el sol se volvió resplandeciente en la cúspide de los árboles. Las brujas aparecieron entonces ante ella. Donde Helena esperaba mujeres bellas, del tamaño de diosas, furiosas y poderosas, encontró a mujeres de su misma estatura, con cuerpos distintos. La miraban con tranquilidad, como indagando y detrás de ellas, había muchísimas mujeres más. Tan distintas, pero con un brillo tan idéntico que quitaba el aliento. Sus vestidos de colores dejaban ver sus hombros, sus brazos, sus piernas, sus estómagos: ninguna de ellas parecía tener vergüenza alguna por mostrar su piel. Más bien, parecían orgullosas de hacerlo.

Las brujas guiaron el camino. Todas le sonreían con amabilidad y le ofrecían abrigos y túnicas para que cambie su ropa mojada. Las brujas explicaban que todas vivían en armonía y cada una de ellas trabaja para superar los horrores que vivieron con los hombres. Helena no podía creer las historias que le contaban. Las mujeres se respetaban. Se comprendían. Le dijeron que podía vestirse como deseara. Que no tuviera miedo de aprender sobre las artes, o la ciencia, o la filosofía. Que siempre la iban a escuchar y que buscarían entenderla.

Cuando Helena preguntó si podía estudiar letras, ellas le dijeron que sí. Cuando preguntó si le podían enseñar a leer, ellas no se enfadaron como lo hicieron los hombres, ni le dijeron que era cosas que solo los valientes podían hacer. Cuando les pregunto sobre los niños que asesinaban,

ellas contestaron con paciencia que ellas no asesinaban a ningún niño nacido que podía sentir el dolor y sufrir, pero que la decisión de llevar a cabo el alumbramiento siempre iba a ser tomada por la madre. Que su prioridad iba a ser su seguridad. Cuando preguntó que si la iban a tocar mientras dormía, ellas con horror y con tristeza, dijeron que nunca tocarían a nadie sin su consentimiento.

Helena se sentía tan abrumada. Sus sentimientos crecían en su pecho y le dolió respirar. Era como la primera vez que había aprendido a nadar por accidente, cuando huía de los hombres. Le dijeron que si ella quería llorar, no había ningún problema. Que no era dramática, ni histérica. Que era humana y que eso era normal. Que nadie la iba a cuestionar. Helena se sintió en casa y las lágrimas que cayeron en su rostro estaban bañadas de felicidad. Por primera vez en toda su vida, se sintió completa.

Al otro lado, los hombres esperaron y esperaron pero Helena nunca regresó. La llamaron de distintos nombres y enfurecidos golpearon los bordes del barco.

—Vamos a declararla culpable de la nueva guerra —dijeron enfurecidos. Vamos a decir que siempre fue una fácil, que huyó con el príncipe de la ciudad de las grandes murallas. Su reputación se arruinará. Igual que la de las brujas y del resto de las mujeres. Nunca serán más que nosotros.

t

Jorge Teodoro Butiña (infiltrado)

**Tal vez
no esté
alucinando**

—Hace tiempo creía tener micofobia.

—¿Qué es eso?

Reishi hablaba sobre un alucinógeno. Yo los observaba, con tantos olores y vapores sobre la mesa, me volvía invisible. Era difícil leer la mente de 12 personas.

Dos datos curiosos:

Uno: la palabra “reishi” proviene de un hongo similar a un corazón. ¿Qué micólogo ama tanto su trabajo? Solo René, su padre. Decía que “los hongos son los seres que conectan a la vida con la muerte”, así justificaba su horrible trabajo. Él me enseñó la palabra “micofobia”.

Dos: tengo algo que confesar, perdí esa fobia hace algunos días. Ahora que los hongos forman parte de mi cuerpo, me da tranquilidad saber que soy parte de algo más.

—¿Quieres probar?

Un tipo frentón, rodeado por una nube amarilla, me hablaba mientras trituraba, con su bocota, un trozo de camembert enmohecido. Tomé un cigarro y salí, aparte del terrible olor a queso maduro, un poco más de humo y la sala explotaría como un globo. Me enojé al ver que, en la puerta de la casa (cuya dueña no conozco) había un cartel sobre ecologismo. Imaginé que algún enanito recatado, con pantaloncillos y medias largas, lo dejó. Probablemente, después de unos días volverá a ser un

desperdicio. Mientras el tabaco se consumía, intenté respirar. Miré la calle: al frente, una pequeña casa de madera empolvada se repetía tantas veces... Perdí la cuenta al terminar el cigarro.

Lo sé, piensan que no solo estoy alucinando, ¿cómo alguien puede venerar la putrefacción? Me recuerda a una pradera, una de esas que nunca conocí: la vida se alimenta de la muerte bajo un horizonte sin casas por contar.

Tiré el filtro, al entrar golpeé la puerta. Todos me miraban, o no, ¿acaso sonreían? Estaba realmente asustado. La única luz provenía de un led de 25 centavos, estaba pegado dentro de un recipiente de plástico rojo que protegía al camembert enmohecido. Les pregunté qué diablos hacían, deliraban balbuceando teorías sobre una tierra prometida.

Pensé en irme, antes, miré los ojos viajeros de Reishi y recordé la vez que fumamos todos nuestros ahorros en su habitación. Su padre estaba tan enojado... Durante horas, mientras buscaba su teléfono (que ya pertenecía a algún inofensivo dealer), intentamos esconder toda nuestra mercancía. Al ver que la policía no llegaba, preferimos inhalar/destruir todas las pruebas.

“Dos policías mataron a dos chicas de 16 años mientras robaban su mercancía para consumirla o revenderla”.

Nunca olvidaré el noticiero estelar, qué ocurrió un par de días después. Sí, su padre había llamado a la policía (¿con el teléfono del vecino?). Y sí, cuando todas las casas son blancas, de madera percutida y todos están podridos, solo existe un lugar donde escapar.

Cruce las piernas, igual que el resto, tomé un trozo de queso y pude ver. Era rarísimo: una especie de laberinto con paredes invisibles, en el piso, las separaciones de madera estaban carcomidas por hongos. No estaba seguro, algo resplandecía lejos del laberinto. Cuando me aburro de esperar, imagino: pudo haber sido un recuerdo, puede haber sido dios o un recipiente de plástico rojo iluminado por una luz led de 25 centavos.

Tal vez ahora entiendan. Al despertar asesiné a todos. Recostado sobre sus cuerpos, corté mis venas.

Es difícil saber si un paisaje es cien por ciento real, pero aquí estamos, como un gran organismo: el riachuelo rojo ya se secó, cada día nos rodean nuevos hongos: al inicio eran pequeños y marrones, hoy vinieron algunos rojos con motitas blancas; ayer germinaron las primeras semillas y para mañana solo nos queda esperar, imaginar lo que se esconde lejos del laberinto. En algunos años estaremos en una pradera sin casas por contar, tal vez no existan monedas de 25 centavos; tal vez esto no sea una alucinación.

P

Álvaro Chilligallo

Posibilidades

Ciertamente la vida de los hombres se resume en rutinas diarias, semanales, mensuales y anuales. De tal forma que se perciben como cosas naturales, de modo que es imposible saber con certeza lo que un individuo hace como un autómata o por mero gusto y placer. Por ejemplo, visitar una barbería. Este acto, aparentemente sencillo, es todo un ritual que podría suceder de varias formas. La primera, y menos usual, sería llamar al barbero y agendar tu cita, para de esta manera llegar a la hora acordada y quitarte el cabello que ha crecido mucho desde tu última visita.

Otra forma, aconsejable, si tienes tiempo, sería caminar a la barbería y esperar un turno disponible. Mientras esto sucede, es válido pensar en las cosas que podrías hacer en este tiempo: recordar sueños que abandonaste porque eran demasiado exagerados; pensar lo que más te gustaba comer de niño, los consejos de tus padres y más. Si te falta imaginación o te pones triste recordando todo esto, podrías observar al barbero. Te fijarías que lleva puesto un pantalón de tela color negro y una camisa roja, manga corta, elegante y cómodo, buena combinación. Además, observarías las destrezas de sus manos con las tijeras, cada tic-tic es magnífico, seguro. Verías cómo da forma el corte y antes de terminar o para terminar te concentrarías en cómo toma una navaja de un tono azul oscuro y procede a perfilar los bordes del corte de

cabello, mirarías cómo toma la quijada del cliente y la levanta para dar forma a su barba, subidas y bajadas por el cuello, que tras cada pasada deja sin pelo.

De repente, puedes perderte en tus pensamientos nuevamente y recordar algún sueño que tuviste días atrás. Como, por ejemplo, tú yendo al barbero, pero no el de siempre, sino a uno que no conoces, salvo por su sonrisa que te era familiar. Ibas vestido de traje, siempre dices que los trajes no te quedan, pero ese día te veías impecable. El barbero te hizo pasar, dijo que se te veía bien, que esa ropa marcaba tu figura, este comentario generó seguridad en ti. Preguntó, cómo te cortarás y tú le diste las indicaciones detalladamente. Se asombró, dijo que deberías ser barbero porque nadie antes le había descrito tan perfectamente un corte como lo hiciste. Él empezó con su trabajo y no hablaron más. Para finalizar la sesión, con una mano tomó tu quijada y la levantó para perfilar tu barba del cuello, mientras que en la otra tenía una navaja de un tono azul oscuro. De pronto sentiste un frío hielo en la sangre que te recorría el cuerpo y se escapaba como un líquido que te mojaba rápidamente. Te había cortado el cuello y te desangrabas. Este recuerdo podría absorberte al grado de hacerte perder de la realidad.

Repentinamente podrías escuchar *¡siguiente!*, sería tu turno de cortarte el cabello. El barbero te esperaría sonriendo con la misma risa de tu sueño y sabrías por qué te era familiar.

S

Laura Bacilio

**Se ha ido,
no está**

Mi nombre... bueno, es mejor no decirlo. Mi historia es difícil de contar, pero tiene un gran final. Hay un monstruo siendo parte de nuestra familia, al inicio solo lo percibía, pero con el pasar de los años el monstruo se ha vuelto una presencia oscura y maligna. Cada noche encuentra la manera de escabullirse en mi cuarto, me sofoca, me tortura y me lastima. No importa cuánto o lo fuerte que pida ayuda, nadie nunca escucha mis gritos y, en la mañana cuando me quejo, mamá me dice que son solo ideas mías, que son solo pesadillas. Pero no la culpo, el monstruo le ha robado el corazón y con su voz rasposa le susurra cosas que la envuelven en una burbuja fantasiosa inhibiendo su visión.

Afortunadamente, desde que la luna llega, puedo tener algo de paz. Al parecer el monstruo siente ¿miedo? ¿asco?, y deja de infiltrarse en mi cuarto. Después de probar estas pocas noches de calma, he decidido que no quiero dejar que el monstruo se quede de nuevo en mi cama. Así, con la mente resuelta, me preparo para ir a la cama y guardo mi arma secreta debajo de mi almohada. Escuchó el leve tintineo de unas llaves y enseguida el pestillo de mi puerta, y como de costumbre, mi barricada no es suficiente para evitar que el monstruo entre. Pronto escuchó sus pisadas haciendo crujir el piso de tablas, se acerca lentamente a mí, lo sé por el olor nauseabundo que empieza a llenar mi habitación y, sin más, el pánico recorre mi cuerpo cuando lentamente empieza a quitarme las sábanas.

Entonces, el monstruo se inclina cerca de mi cara, su respiración agitada hace que mi miedo se transforma en ira y pronto tengo el arma lista.

Después de la larga y estrepitosa noche vuelvo al sueño, pero enseguida despierto con el grito de mi mami resonando. Entonces recuerdo, que ya que el monstruo ya no está, mamá puede ver, ya no está ciega. Saltó de mi cama para abrazarla, pero mamá está paralizada. Mamá comienza a llorar, seguro es felicidad. Yo también estoy contenta, mientras salto en los rojos charcos que aún no se han secado en el piso de mi cuarto, canto victoriosa a todo pulmón EL MONSTRUO YA NO ESTÁ, EL MONSTRUO YA NO ESTÁ, SE HA IDO, NO ESTÁ.

u

Sebastián Berrezueta

Un final

En una noche de tantas, mientras el tintinear de las luces de la ciudad es opacado por el brumoso humo de mi tabaco, rememoro momentos con la intención de recordar lo vivido. Exhaustivamente analizo situaciones, pretendiendo recapitular la ironía de mi vida. Con el deseo firme de traer a mi memoria los momentos en los que no fui considerado un ser humano, sacrifico lo poco que queda de mi salud mental, pretendiendo regresar a la fugacidad de mis memorias. Siendo protector y captor, vuelco mi sentir, mi vivir, mi pensar, apartando muros, separando ideas, desdoblando pensamientos. Sutilmente me aproximo al borde del balcón, cuelgo mis pies y el duro concreto a 100 metros de distancia me llama. La noche helada golpea en mi rostro, haciéndome tambalear, pero no hay vértigo sino paz. El discordante sentir por tan precaria posición, me empuja al encuentro temprano con aquellas ideas que carcomen mi alma, me permiten descubrir sitios oscuros, transgredidos, hundidos. *Me he marchitado*, susurro.

El aullido de los perros hace que despierte del trance, no reconozco mi alrededor, solo me observo en un rincón asustado, yaciendo en el suelo. Mi cuerpo aún siente los golpes e insultos, propinados por extraños que gozosos desataban su ira contra el tans-marika. Con lamentos lastimeros y llantos estruendosos, culpo y recrimino cada parte de mi ser, cada ínfimo detalle que me conforma. Seco mis lágrimas y levanto mi

cuerpo que tiembla por las embestidas propinadas, pero lo aliento al escape. En el ventanal del banco, donde guardo los pocos centavos que tengo, se refleja mi estrangulado cuerpo. Lo miro, lo limpio como puedo y sigo mi camino, sin saber a dónde dirigirme. Con la soledad apremiada, y el frío envolviendo mi lánguido cuerpo, grito que no volveré a ser enjuiciado de forma vil. Me enmudezco a la rapidez de una estrella fugaz y maquinalmente me inhibo, culpabilizo y justifico el accionar de aquellos sujetos. Como cualquier damnificado, no solo la sociedad me encaminó a perseguir la recurrente idea de culpa, sino que mi constructo social me empujó a alegar, a ser abogado y juez en favor de aquellos que arrebataron mi dignidad.

La ceniza del tabaco cae sobre mi muslo, quema mi piel, apenas lo siento, pero despierto. *Son peores los dolores del alma*, afirmo. Luego de balbucear aquellas súplicas, cercioro que habito otro lugar y tiemblo. Mis piernas quieren desvanecerse, las dejo hacerlo y caigo al suelo. Apenas alzo la cabeza miro aquellos baños, todos iguales: una puerta, ruidosa y gélida que retumba; un urinario, indicativo social de que para ellos jamás será un “verdadero hombre”; un espejo, donde conocí mi anatomía, descrita, burlada y transgredida. Con rotunda velocidad, se presenta una película muda, donde los veo apuntando, murmurando, susurrando. Asustados sueltan carcajadas, me agito, parece que todo va a terminar. Mi cerebro no responde, mi corazón

se acelera, mi mirada se nubla, mis oídos no escuchan, mis pies se paralizan. No puedo correr, me siento encerrado y sus insultos regresan a mi mente. Las voces no paran, los golpes continúan y las miradas muerden.

Los justifico y no los culpo por asustarse, porque también lo estoy, pero no quiero seguir ocultándolo. Ellos me han convertido en un intocable, nadie quiere mirarme, desearme, amarme. Los quiero odiar por tratarme así, pero como puedo odiarlos por asustarse, cuando estuve viviendo una mentira. Me desconecto y despierto.

Miro, mis pies siguen colgados del barandal del balcón, pálido por lo vivido pronuncio en mis adentros que no tengo miedo a la oscuridad, ni a la soledad o tan siquiera a saltar, que la tortura es el temor de seguir viviendo esto, que constantemente hostiga y aniquila. Estoy cansado de excusas, razones, opiniones, reproches, aprobaciones, altercados. Las cosas no son simples, porque de alguna u otra forma soy violentado, quizás por desconocimiento, lo que me ha convertido en un circo parlante y andante. Mi caminar denota incomodidad, mi sonreír es tristeza, mi compañía es desasosiego, eso dicen. No hay mucho en mi ser, pero misteriosamente desean conocerme, les causo morbo. Sin embargo, consciente de aquello, atiendo a sus dudas, conciliando mi alma, a sabiendas de que muero por un amanecer diferente.

Diría que vivo, pero solamente sobrevivo a mis ideas, sus ideas; a mi insensatez, su insensatez; a mis ganas de vivir, a sus ganas de que muera. En un sinsentido, amurallo, encierro mis pensamientos entre cuatro paredes y puertas aisladas, lo intento, pero freno, no puedo saltar. Absorto por la idea de que ni esa simple acción puedo articular, abrazo mi cuerpo y suplico que perdone por el daño hecho. Sin nada que perder, sin posibilidad de un buen término o final siquiera, me lamento y susurro: *existirá alguno, hasta que la vida o la muerte, quien llegue primero, lo decida y me permita volar.*

[UNAM]

Narrativa

Índice / Narrativa [UNAM]

A la orilla del lago 92

NATALIA BASSOCO RUIZ ESPARZA

La masa 96

MARCOS A. MEDRANO

Trayectos 100

CARMEN MACEDO ODILÓN

El vuelo 106

CÉSAR SANTOS

Abuela 112

ANDREA ROJO

Gato con dos caras 116

LEONORAH IZHER

Minotauros 124

JAIME JAIR ORTEGA DE LA SANCHA

a

Natalia Bassoco Ruiz Esparza

**A la orilla
de lago**

Punto de partida #225 / Concurso 51 Un mundo antes

La panadería del señor Benjamín Goldstein está tranquila. Durante estas fechas los pobladores salen a visitar a sus familias, lo que provoca que los pequeños negocios se vean envueltos en días largos y poco interesantes. El único sonido que entra por las ventanas de la panadería es el murmullo del lago, el cual separa al pueblo del asentamiento vecino.

Benjamín Goldstein se recarga en el horno de piedra y se concentra en leer el mismo periódico que ha leído toda la semana. De repente, el crujido de la puerta principal lo hace volver a la realidad y extrañarse por la presencia de un cliente. Goldstein sale al mostrador, pero no ve a nadie en un primer momento. Cuando baja la mirada, repara en un niño sin brazos. Viste un overol de mezclilla y deja ver sus pies descalzos sobre la oscura madera.

Goldstein pregunta en un intento de profesionalismo:

—¿En qué le puedo ayudar?

—Zapatos —responde el recién llegado con la barbilla en alto.

—Esto es una panadería, joven.

—Hazme unos zapatos de pan —dice el pequeño confiando en la elocuencia de su petición.

El señor Benjamín sabe que el curioso muchacho probablemente sea su único cliente en el día. Además, la rareza de la situación le hace querer ser cómplice

de la empresa del niño. El panadero no tarda en resolver que lo más sencillo es cortar dos bolillos viejos y sacarles el migajón. En menos de cinco minutos, Benjamín Goldstein deja en el suelo el par de zapatos, justo en frente del interesado.

El pequeño introduce sus pies en ellos de inmediato y se controla para no brincar de la alegría. El cliente satisfecho da las gracias y desaparece tras la puerta con su nueva adquisición. A pesar de que el niño del overol ya no está a la vista, Benjamín permanece detrás del mostrador. Comienza a dudar de si lo que acaba de ocurrir pasó en verdad o si fue una alucinación, consecuencia del aburrimiento veraniego. Estos pensamientos se ven interrumpidos por una risa sonora y un coro de graznidos.

El panadero mira por la ventana y ve a su joven visitante a unos pasos del cuerpo de agua, rodeado por juncos y otras yerbas salvajes. Una familia de patos sale de entre los nenúfares y, con delicadeza, empieza a comerse migaja por migaja los zapatos. Durante todo el festín, su sonrisa chimuela le eleva las mejillas hasta casi ocultar sus ojos. El gesto permanece hasta quedar descalzo, tal como se presentó en la panadería de Benjamín Goldstein.

1

Marcos A. Medrano

La masa

Punto de partida #235 / Concurso 53 Palimpsesto

Un sol en cada herida, deletreado.

ELISA DÍAZ CASTELO

Las manos se nos alargan desordenadas, la oscuridad esconde los cuerpos retorcidos que danzan cruzando cabezas, pechos, lenguas; revueltos y confundidos como el tiempo que transcurre zigzagueando entre nosotros.

Que si me acuerdo, me pregunta el de al lado o el de atrás, no puedo girarme para verlo. Que si reconozco a la que tengo enfrente, a la que miro desde hace días o desde hace años, da lo mismo. Nomás la greña enmarañada le veo, algunos pelos están en mi boca, creo que es de una mata oscura y larga. No me contesta.

Mientras me esfuerzo por verla, mis piernas hacen figuras imposibles porque en este encabronado amontonamiento todo es imposible, como esas cuencas vacías que buscan sus ojos o ese polvo que quiere ser materia humana de nuevo.

Mis manos tocan una piel fría y los ojos alrededor están expectantes preparando la mirada que clavarán al cielo cuando se abra la luz por todos lados.

Que si estoy muy arriba. No sé, le digo. Que si estoy seguro de que la greña es una mata larga. Al hombro, al menos, o eso creo. Que necesito estar seguro, me dice.

Yo quiero acabar de encontrar mi cuerpo, lo siento extendido, como si no fuera sólo mío, sino de esa masa

ahogada de muslos y brazos, herida de pubis rojos que me confunde y me apropia.

La greña podría ser de cualquiera, igual que esos brazos que me aprietan el pecho. Me doy cuenta de que acá abajo, anudados así como estamos, nadie tiene nada.

¿Dónde?, ¿dónde?, ¿dónde? Insiste frenéticamente otro de los que no veo. No importa, dice el de al lado o el de atrás o abajo. No importa, ya estás acá, le dice, y luego a mí: concéntrate, ¿es ella? ¿Qué importa ella?, le digo.

Siento la tierra entre los dientes y una boca seca de encías sangrantes. Gusanos.

Otro se mete en mis pensamientos: gusanos, me dice, gusanos, se nos acaba el chance.

Los que están en lo más profundo emiten sonidos de mudos, jadeos y pujidos que vienen de un estómago apretado que casi no hace ya ruido alguno, galimatías putrefactas llenando el silencio que la masa ha dejado hueco por si es necesario que crezca.

Pasa algo que parece ser el tiempo, las greñas negras frente a mí van cayéndome sobre la cara, las atrapo con mi boca, las manos dejan de sentir el frío, la masa grande se avejenta cada vez más deforme. Hace tiempo que no se toca. Hace mucho, o eso parece, que su apetito insaciable tiene que conformarse con el regurgitar de gusanos.

Algún día cuando el sol está a plomo, porque estas cosas pasan sólo cuando el sol se afana en calcinar la tierra, otras voces gritan, se trastocan con las de abajo, se confunden con este cuerpo de mil gargantas, de cientos de uñas, cabezas, dedos y lenguas cortadas de este animal gigantesco y agonizante.

Las voces de arriba van matando el jadeo.

Se escucha el revolotear de la tierra y la luz golpea de pronto los ojos secos de la araña amorfa.

Arriba el tiempo es tiempo y los cuerpos son cuerpos, pero a pesar de eso un berrido macabro e inhumano se apodera de todo. Un berrido que eriza cada pelo nuestro, un berrido de deseo cumplido. Alguien está por decirlo, la sentencia, el de abajo me escupe por última vez la pregunta: ¿Es ella? Yo le contesto que sí.

Las rodillas caen al suelo, miran el hoyo que han hecho. Los rayos de sol que empiezan a filtrarse nos separan, nos identifican. La masa se deshace.

Alguien al fin lo dice: “Acá están”.

Entonces por fin morimos.

t

Carmen Macedo Odilón

Trayectos

Punto de partida #232 Suerte

Parece de noche. Siempre me ha resultado penoso salir tan temprano para ir a clases y luego regresar antes del anochecer, como si fuéramos esclavos que trabajan de sol a sol.

Llego a la base de combis y la fila es larga por tantos otros que no duermen; a las cinco de la mañana ya están bañados, arreglados y apesurados. Apenas empieza el día y seguro que ya todos vamos tarde, pero ¿tarde a qué?, ¿a la chamba, a la escuela o a la vida?

Tres combis después me subo y voy al asiento del fondo para evitar ser el que alcanza los pasajes de los demás. No tan lejos de ahí, veo las ventanas de las casas cercanas al paradero, seguro que algunas personas apenas están despertándose y otras más andan en el sueño REM. Cuando estaba de vacaciones, a esta hora apenas me disponía a dormir o no, según lo que me ofreciera Netflix.

La combi ya está llena, una señora se sienta a mi lado y, tras arrancar el chofer, ella se recarga contra mí y su cabello húmedo me moja el hombro de la sudadera. No hago nada, al menos la mitad de los pasajeros también duermen. En medio de un ambiente que apesta a mezcla de perfumes, yo escucho música porque a oscuras no puedo leer.

Hoy es mi cumpleaños, en unos días iré a tramitar mi credencial para votar, aunque lo que menos haré con ella será eso. Quiero ir a los antros de Insurgentes

sin tener que pedirle chance al de la entrada, billete en mano, ni tener que mandar a alguien más a comprar las caguamas.

La carretera a esta hora está congestionada, todos vamos del norte al centro, son casi tres horas extra de trayecto entre combis, metro y camiones para tomar una clase que empieza hasta las ocho. La señora de al lado se despierta, se disculpa y se baja, no respondo, me da envidia ver que muchos otros ya llegaron a su destino. Se sube un tipo, me empuja contra la ventana y cruza los brazos para dormirse.

El encierro en el viaje; más tarde en el salón; por la noche, en un cuartito de dos por dos. Ojalá se arme algo, unas chelas, unos becerros de las compañeras, y si no, la vieja confiable: seguro que, a mi regreso, mi mamá me tendrá un pastel, quizá dinero en vez de ropa, y todos me cantarán “Las mañanitas” aunque sea de noche. El tipo de al lado hurga en su ropa, sólo falta que se saque el pito, después de todo, no es la primera vez que sucede en esta ruta.

—Ya se la saben, gente... —hubiera preferido que sacara otra cosa, que me embarrara el pantalón si eso lo hacía feliz. Me quita el celular y los demás le entregan carteras y relojes.

Bonito cumpleaños, encerrado y a merced de un hijo de la chingada, un pinche huevón que le vale madres la vida de otros igual de jodidos... Pinche escuela lejana, pinches madrugadas ojetes, pinche pobreza que me

va a tener quién sabe cuánto tiempo sin celular hasta que me pueda comprar otro, para dárselo a la siguiente rata.

Un señor sentado en la banca de en medio se le pone al brinco, me emociono, vamos a partirle su madre, y saldré en un video que se hará viral, todas las de mi salón se van a morir por mí y me voy a dar el agasaje del siglo. Se hacen de palabras, el señor le dice que no nos quiera ver la cara de pendejos con una pistola de juguete. La gente grita, el chofer amenaza con estacionarse, el ratero nos la mienta, yo ya estoy de pie para hacerle esquina al señor, jugándonosla mientras otros duermen, o tal vez soy yo el que sueña su ascenso a héroe.

El disparo dice más que cualquier grito, llanto y amenaza. El don se queda en el asiento y, de a poco, su cuerpo se resbala. Me quedo en mi rincón, el siguiente en la mira del tipo es el chofer.

La gente baja de la combi entre gritos, mi rostro está húmedo. Yo, hasta el fondo del vehículo, quiero romper la ventana y salir de ahí. Mis botas pisan el charco fresco y la sangre del señor se mete en cada rincón de mis suelas. No quiero verlo, pero mis ojos necesitan registrarlo para no cometer su error en el próximo asalto, me tallo las lágrimas, pero éstas son rojas, mi sudadera está manchada y la dejo en el suelo.

Es mi cumpleaños, me digo mientras entro al metro en playera, es mi cumpleaños, repito frente a un espejo

empañado en el baño de la facultad. No tenemos la última clase y vuelvo a casa temprano. Los murmullos, las televisoras y patrullas se desvanecen ante mí como el recuerdo del señor de la banca de en medio al lado mío, como fragmentos de sueños que no recordaré cuando despierte.

Llego a casa y mi mamá apenas va a guardar el pastel que compró para la cena. La miro, qué fortuna poder verla una vez más, qué grande me parece el departamento y qué ganas de encerrarme en un lugar donde nadie me hará daño. Mis hermanitos ven la tele y corren a abrazarme las piernas mientras me felicitan. Mi mamá pregunta cómo me fue y por qué llegué tan temprano. Ese afortunado “llegué” de un cuerpo que aún existe me apura a contestar:

—Bien, ma, hoy es el mejor día de mi vida.

e

César Santos

El vuelo

Punto de partida #229 Temor

Olvidas que ayer te llamó tu hija para recordarte que te llevaría al doctor después de la comida. Olvidas que olvidas muchas cosas: tu edad, la fecha, los rostros que apenas viste hace diez minutos respondiéndote preguntas que has repetido hasta dos, tres, cuatro veces, porque olvidaste haberlas preguntado. Vives días que no importa recordar: despiertas, desayunas lo que te sirve tu esposa —de ella sí que te acuerdas—, y después te sientas en el sillón sin encender la televisión, quedándote dormido hasta que algún dolor repentino te despierta.

Del montón de recuerdos que vagan en tu memoria, te sorprende cuando alguno, desde muy lejos, se estira para alcanzarte; te asombras de haber actuado de tal o cual forma, y sin moverte del sillón, sollozas, sonrías o ríes dependiendo del recuerdo.

Escuchas el timbre y como no esperas a nadie te preguntas quién podrá ser. Abres la puerta y reconoces a tu hija que te abraza y te recuerda, porque sabe que lo olvidaste, que vino a llevarte a la cita con el doctor Fernández para checar lo de las radiografías, y tú no sabes ni quién es el doctor Fernández ni de qué radiografías te está hablando; lo que sí sabes es que no quieres ir. Le dices a tu hija que no hace falta, que ya estás demasiado viejo y que “habría que desocupar la plaza para que alguien más...”, pero antes de que termines la frase se ríe, acostumbrada

a esa respuesta, y te pregunta dónde está su madre. Tú le contestas que no sabes, a pesar de que por la mañana te dijo que saldría al supermercado. Tu hija te dice que hagas caso y te prepares, que saldrán en media hora; y tú, como niño recién regañado, te diriges al baño, le pones seguro a la puerta, enciendes la luz y te encuentras, más flaco que nunca, contigo mismo en el espejo. Con tus pupilas como dos moras tristes recorres las manchas que se esconden entre las arrugas de tu rostro, de tu cuello, y observas cómo el peso del tiempo te ha encorvado la espalda. Con la mano temblando como si tuvieras frío, tomas el cepillo y te lavas los poquitos dientes amarillos que te quedan; luego, sin buena puntería, descargas unas gotas de orina en el escusado.

Al salir al pasillo que se alarga hasta la parte trasera de la casa, el aire que trae consigo el bullicio de la calle te hace voltear a ver la puerta entornada. Tu hija grita desde la sala: “¿Cómo vas? ¡Salimos en 20 al consultorio del doctor Fernández!”, y por un momento recuerdas quién es el doctor Fernández y lo mucho que detestas ir a verlo, que al final de cada consulta te diga: “Estás muy bien, Alejandro, vivirás todavía muchos años”. Muchos años. T-o-d-a-v-í-a-m-u-c-h-o-s-a-ñ-o-s. No quieres ir, no quieres ni un día más.

En actitud de joven rebelde decides escapar, meterte en un café o caminar por el mercado de flores de la esquina, tal vez ir a casa de tu amigo Emilio o al

supermercado, lo que sea para perder la odiosa cita en el hospital. No tienes que avisar que te vas, sabes que todo estará bien cuando regreses, no eres un niño y puedes decidir qué hacer contigo, si vas al doctor o no. Así que sales por la puerta trasera, la dejas entreabierta para evitar que haga ruido al cerrarse, y caminas hacia la reja que da paso al callejón. Al sentir el césped que humedece tus pies, caes en cuenta de que no traes zapatos, pero piensas que es demasiado tarde para regresar. La reja cede con un empujón, y ahora bajo tus pies hay pavimento. Todo va bien, te divierte estar haciendo algo nuevo, diferente. Caminas meciendo los brazos, tarareando una melodía que inventas al paso y, a punto de llegar a la avenida, una dolorosa punzada, que casi te rompe el pecho como cáscara de macadamia, te tira de rodillas al suelo, caes sobre tu espalda y no ves nada más que blanco, negro, blanco, negro... El dolor pasa casi al momento, pero no sabes si gritaste y alertaste a tu hija. Escuchas pasos que se acercan por el callejón, te incorporas y comienzas a correr como un perro persiguiendo su pelota, chocas contra un transeúnte, pisas las chucherías de un puesto en el suelo y sigues corriendo. Te sorprende la rapidez de tus viejas piernas huesudas al grado de no poder creer la velocidad con la que estás avanzando. Te sientes fresco, como cuando de vida tenías apenas 21 años. Miras la avenida en la que andan los autos y te das cuenta de que te mueves más rápido. Tus pies

comienzan a despegarse del suelo y ahora vuelas como un pájaro urbano sobre casas y edificios, soltando carcajadas que mezclan con llanto, dichoso de ir por aire a la casa de tu amigo Emilio y no tener que verle la cara al doctor Fernández.

a

Andrea Rojo

Abuela

Punto de partida #235 Palimpsesto

Abuela era parecida a los canarios, había que sacarla una o dos horas al patio a que tomara sus baños de sol y, como con los canarios, a veces se olvidaban de meterla hasta ya entrada la noche. Yo creo que, igual que ellos, también volaba. Ahora los pajaritos miran el cielo desde su jaula y ella desde su silla de ruedas. También era muy paciente o eso creo, no hablaba con nadie y sólo miraba a los ojos cuando se le hablaba de frente. Mi madre decía que desde aquella impresión había perdido el habla e, incluso, el sentido de la vida; decía que ésa ya no era su madre. Antes de eso, ella leía y cuidaba de su jardín que, por alguna extraña razón, seguía verde e inspiraba vida. Pero, como ya no podía caminar, estaba siempre como una estatua mirando y escuchando a sus canaritos. “Pobre mujer, nada más está ahí esperando la muerte. Ojalá Dios pronto se la lleve” —decían algunos familiares, no les importaba que ella o yo estuviéramos ahí—, total, “la vieja parece un mueble y los niños no comprenden esas cosas”.

Sin embargo, cuando nadie estaba en casa, ella me decía: “Imelda, regálame agua, por favor; pero recuerda, en mi jarrito, mi niña”. La primera vez, me pareció chistoso que lo pidiera en un vasito de barro, ésos son para las macetas, tal vez quería volver a retoñar. Le pregunté por qué y ella respondió: “El aroma a barro me transporta al río donde mamá me llevaba a jugar, algún día yo también te llevaré”. Luego lanzó un

gran suspiro. Mientras bebía su agüita fresca le contaba ideas y pensamientos, no sé si al aire o al recuerdo del abuelo, yo no creo que a mí porque decía cosas que no entendía. “¿Acaso son el verbo y la carne los principios inefables del hombre? ¿Cuándo los perdí?”. Luego miraba con opacos ojos a sus canarios.

Cierto día, todos estaban consternados. Mamá decía que esto le pesaba más que lo de aquella vez cuando Abuela perdió el habla. Todos lloraron y me dejaron sola en casa. “Los niños no se meten en asuntos de muertos”, decían. Pasaban los días y la alegría no volvía, tampoco Abuela, todo lo sentía gris y vacío. Un día salí y ¡ahí estaba!, era ella, tomando el sol como siempre. Me alegré porque creí que no volvería a verla pero, tal vez, como mi madre decía, estaba “recorriendo sus pasos”, visitando los lugares que en vida fueron suyos. Me paré frente a ella, sonrió y enjugó una lágrima. Entré a la sala para contarle a mamá, pero escuché a tía Rosa decir que Abuela ya quería volver y por eso regresaron antes de lo planeado, nadie mencionó que tía Rosa la llevaría al pueblo. Mientras bebían té, la tía dijo que al enterrar el ataúd les había faltado tierra, así que tío Juan tuvo que tomar de otras tumbas. Lo mismo pasó cuando murió don Julián y a los poquitos días hubo un nuevo muertito, dicen que él se lo llevó; por eso, sugería tío Juan, debían estar preparados. Me pregunto si lo hizo porque se aburría o porque necesitaba que alguien lo abrazara en las noches. Debe

sentirse mucho frío estando enterrado. Me alegré de que Abuela no hubiera muerto, aunque en su rostro se notaba que lo deseaba.

Acabado el novenario salí al jardín, Abuela no estaba y la jaula de los canarios se hallaba abierta, el estómago se me hizo un nudo y comencé a temblar. Seguramente era el día, Abuela recibiría hoy coronas de flores, blancas como sus ojos y sus largas trenzas. Corrí a su habitación y la vi parada en la puerta con su tierna sonrisa. La abracé y escuché voces en el cuarto. Era tía Rosa diciéndole a mamá: “Tranquila, se fue a cuidar a la pequeña Imelda”.

g

Leonorah Izher

Gato con dos caras

Punto en Línea / octubre-noviembre 2021 / N° 95

Los gatos con dos caras aparecieron en la Tierra cuando el viento ya no zarandeaba las malas conciencias, ni deformaba nubes parecidas a tardígrados irrealas o se batía contra embarcaciones vetustas sólo por pasatiempo. El viento indolente ni se movía. Aparecieron justo después de que la esperanza pereciera no en sollozos, sino en monotonía. Alzaron su mirada sobre el mundo, obras vivientes de la imaginación ajena. Descansaron y durmieron cobijados por el aura fantasmal de su creación, al mismo tiempo que ronroneaban historias para sí mismos. Aunque poco importa si continúan reposando en donde no queda nada más que extrañeza. Ahí la mayoría permanece esperando, puesto que pocas personas vislumbran ambas caras de un mismo gato.

*

Aquella mañana E. L. encuentra un insecto horrible en su camino, tan odioso que una cucaracha quedaría atónita ante este bicho. Con asco lo pisa e intenta averiguar de dónde ha salido. La tormenta de la noche anterior quizá pudo sacar de su escondite aquella alimaña. Con aspereza y sopor, decide no llegar al fondo del asunto y se sienta sobre la única silla en la casa, cuya existencia supera incluso sus más lejanos recuerdos. Continúa pensativa y contempla con cierta vergüenza

sus escasos muebles, tan viejos y destartalados que combinan perfectamente con la cocina sucia que, a su vez, encaja a juego con su casita improvisada, gris y derruida como todo lo que hay en ella. Se queda quieta mirando la pared cubierta de moho, tan alielada que no nota cuando el bicho que ha aplastado resucita y se marcha.

*

Ese mismo día un hombre que observa el horizonte, sentado bajo la sombra de una robusta jacaranda, tiene una visión arrebatadora. ¿Acaso miró al hijo tendido a su lado como promesa legítima de que su sangre no caería en ninguna otra maldición? ¿O tal vez miraba a las hijas antes de marcharse del hogar a un destino insufrible? A decir verdad, desconocemos por completo si el espejismo fue aberrante, tortuoso o lo suficientemente revelador para causar un desplome de cordura, pero sabemos que pocos querrían contemplar a un gato demasiado feo. El hombre, que ahora se encuentra asustado y fuera de sí, atribuye las imágenes a su falta de fe. Al no soportarlo, entre sollozos cae de rodillas e implora.

En su mente se arremolinan ideas sobre lo que pasa alrededor del tiempo donde, en su mayoría, los trozos de materia simplemente se dispersan en ninguna dirección, tal y como él mismo toda su vida. Ahora

también presente que ya no habrá más ocasos ni albores o recovecos sombríos en los que resguardarse. Pero realmente no importa, pues se le ha revelado que ciertos paraísos como aquel son despiadados con el ojo humano que los observa. Bajo este influjo, frente a las montañas de una sierra lejana dividida al atardecer entre la sombra y la luz solar, pronuncia una despedida vacilante.

II

Durante un mes los pobladores de Molinillo, en su mayoría dedicados al cultivo familiar y al comercio de productos que conseguían cruzando la Calzada Fría, no dejaron de comentar la aparición de un gato con dos caras. Algunos afirmaron haberlo visto escabullirse en el bosque: una de las caras los miraba fijamente, perturbándolos, mientras la otra dirigía la vista hacia el frente. Era un ser cuya maravilla helaba la sangre de cualquiera. Su pelaje se distinguía por emanar un brillo sobrenatural; sus patas eran tan fuertes que el gato podía fácilmente saltar hasta dos techos de distancia y también llegar a la cima de los árboles más imponentes. La única cola serpenteaba cual hidra acuática y poseía un único par de orejas que obedecía a las dos caras. Estaban unidas al término de la parte frontal del cráneo, de tal manera que la segunda cara comenzaba justo donde debía estar el hueso parietal

del gato. Así se cumplía una desdichada ventura para él: una cara mirando siempre adelante y la otra, siempre detrás.

Otros testigos desmintieron aquella versión y declararon que en realidad el gato poseía dos caras unidas de forma vertical, de modo que las caras en el cráneo tenían una vista lateral izquierda y una vista lateral derecha, cada una con su propio par de orejas. Éstas escuchaban constantemente sonidos opuestos y dicha oposición provocaba que el magnífico animal se balanceara de un lado a otro, causando la risa de quienes se cruzaban con él. Incluso, hubo otra versión en la que se aseguró que el gato tenía más de dos caras, como si todas las razas existentes pudieran caber en un solo cuerpo felino.

Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que estos animales aparecían en los pueblos como presagio de algún fenómeno calamitoso. Y aunque todos estaban seguros de que algo sucedería pronto, ninguno se atrevía a decir qué clase de males vendrían a importunarlos o a volverlos más desgraciados, menos aún podían aseverar si aún rondaba por ese lugar el “fabuloso gato”, pues todos los declarantes se contradecían entre sí, por maldad o rencor.

III

E. L., asediada por el tiempo, el hogar miserable y las migajas de su única comida que siempre finalizaba con una sonrisa para disimular el hambre, se mira en el espejo, atravesado por una línea que muestra la fragilidad de su reflejo. Sólo que ahora ya no es ella, sino la otra que fue antes. Sus manos desesperadas tratan de asirse a la realidad y buscarse, pero no lo consiguen. Aterrada, estrella el espejo contra la pared y éste se resquebraja en líneas infinitas y traicioneras. La batalla está lejos de terminar, pues al levantar la mirada se ve a sí misma, yacente en el lecho, joven y apasionada, con las manos juntas contra los senos. Mientras reza, un rayo lunar la envuelve con su velo imperceptible. Pese a todo, no hay testigos para asegurar si la sombra que atravesaba el ventanal de la casa casi en ruinas era la de un gato o quimera, cuyo rostro se multiplicaba en los diminutos cristales del espejo esparcidos por el piso.

*

Muy cerca de ahí el hombre, quien ha aceptado la revelación de su destino tras aquellos delirios, dirige sus pasos por el camino que ha recorrido durante largos años. Aún siente un poco de temor, a sabiendas de que el cambio de sentido mostrado en visiones hará crecer la hierba extinta, al tiempo que brotarán en el follaje arbóreo las flores perdidas. Traerá de vuelta a las aves y despertará los amoríos pasajeros de la primera vez,

siempre y cuando se mantenga firme bajo una certeza: dar cada paso en sentido contrario. Volver, quizá, al momento en el que su linaje aún no se condenaba por su propio egoísmo.

IV

El pueblo entero de Molinillo se encuentra sumido en la contemplación de un espectacular portento. La niebla grisácea lo ha cubierto todo y el día quedó reducido a la penumbra. Es una noche carente de estrellas. Sin embargo, el cielo los ha hipnotizado. No se trata de lunas rojas, azules o rosas, ni siquiera de un eclipse o lluvia de meteoros. Se trata del avistamiento de un cometa que ha traspasado el firmamento, cuya cola arde como el fuego y lo ilumina todo a su paso. Apenas un segundo de intensidad antes de que todo desaparezca. Sólo queda la oscuridad inminente. Los gritos comienzan a escucharse, nadie es capaz de percibir cosa alguna. El cometa se ha llevado hasta el último rastro de fulgor. La muchedumbre comienza a enfurecer; corren, se empujan y se golpean, ciegos y desesperados. Ninguno pudo darse cuenta de dónde surgieron las primeras llamaradas; sólo advierten el calor intenso que comienza a consumirlos. Mientras arde hasta el último rastro de aquellos castigados seres, de entre los escombros el gato con dos caras prosigue su andar errante.

*

Otra de las cábalas que se les atribuye a los gatos con dos caras desde tiempos inmemorables es el rejuvenecimiento de los seres y la longevidad de la vida natural. Pueden conducir al caos o a encauzar los buenos actos. A veces conceden espejismos de prosperidad y alegría eternas, todo depende de cuál cara sea revelada.

m

Jaime Jair Ortega de la Sancha

Minotauros

Punto de partida #229 / Concurso 52 Temor

Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
éste el último día de la espera.
JORGE LUIS BORGES

Nos tomó por sorpresa; el Minotauro se ocultó antes de que pudiera verlo, pero era imposible esconder el laberinto. Mamá abrió la puerta, dejó su bolsa y las llaves en la mesa del comedor. Se sonó la nariz una o dos veces. Parecía molesta y sus ojos estaban brillantes y enrojecidos, como si se hubiera emborrachado. Pero mamá no toma.

—¿No crees que ya estás grande como para seguir haciendo esto? —me dijo mientras veía las sillas y las cobijas por toda la sala.

Se fue a su cuarto y cerró con seguro. En ese momento supe que debía hacerlo.

Mi plan funcionará, estoy segura. Voy a buscar la libreta que me regaló para anotar los números de teléfono por si algo pasa cuando me quedo sola. Ahí está el número de mi abuela. Ella entenderá. Después de todo por algo me enseñó el libro.

Según mi abuela, nunca le puse atención a las historias: me dormía antes de que terminaran de contármelas. A lo que sí ponía atención era a los dibujos que vienen con las historias. Eso me lo platicó hace unas semanas, la última vez que ella y mi

abuelo vinieron a visitarnos. También me enseñó el libro; sentadas en el sillón, pasó todas las hojas y me preguntó cuál era el dibujo que más me gustaba. Yo señalé el del Minotauro, aunque en ese momento no sabía que ése era su nombre.

—Fíjate, por eso digo que te pareces a tu tía —me dijo mi abuela, y la voz se le hizo chiquita, triste—. A ella también le llamaba la atención ése, le gustaba tanto que se la pasaba diciendo que era uno.

Mamá le pidió que dejara en paz a mi tía; mi abuela le contestó que era una desconsiderada y, como siempre, empezaron a pelearse. Mi abuelo las detuvo. Me dijo que me fuera a mi cuarto y se puso a hablar con ellas.

Yo no conocí a mi tía y tampoco recuerdo lo que me contó mi abuela sobre las historias que me contaban en la noche. Quizá lo olvidé porque pasó el tiempo y dejaron de leerme. Además, mamá empezó con lo de sus novios, se peleó con mis abuelos y nos salimos de su casa.

A mí no me gusta leer. Si esa tarde lo hice fue porque me dolía la cabeza de tanto ver la tele y el libro seguía en la sala, encima de la mesita de centro. Recordé lo que mi abuela había dicho. Agarré el libro, busqué el dibujo y leí su historia. Al terminar me sentí rara, no sé cómo explicarlo. Me dieron ganas de platicar con alguien. Cuando mamá llegó y cenamos, le conté que había leído la historia, y le pregunté si ella también lo había hecho a mi edad. Me contestó que mi abuela era quien se las leía, pero que en realidad a quien le

interesaban era a mi tía, a ella no. Mamá nunca habla de mí tía y esa vez no hizo una excepción; de inmediato cambió de tema y me dijo que le llevara mi tarea para revisarla.

Esa noche lo soñé. Yo abría una puerta y adentro, en un cuarto pequeño y oscuro, estaba él y me decía: “Te estábamos esperando”.

Al otro día, en el recreo, le platiqué la historia a Paula. Ella terminó de comer su sándwich, se me quedó viendo y me dijo que le gustaban más las historias de princesas y superhéroes. A mí igual, pero esto era distinto. Durante algunos días no hice otra cosa que imaginar que tenía una cabeza de toro y era grande y poderosa. Si algún compañero me fastidiaba en la escuela, en mis pensamientos yo me transformaba, y con mis cuernos enormes le daba su merecido.

Una noche, de tanto imaginarme como un Minotauro, se me ocurrió que necesitaba mi propio laberinto. Le pedí la computadora a mamá; quería ver cómo eran. A ella le sorprendió que se la pidiera para algo así, pero como su novio venía a cenar me dejó usarla.

—Nada más no abras las cosas de mi trabajo. Ponte a dibujar o a ver videos —me dijo.

Al terminar la cena mi mamá y su novio se fueron a su cuarto, y pude ver las imágenes de laberintos sin que me molestaran. No los imaginaba de esa manera, tan grandes y vacíos.

El mío no era idéntico a las imágenes que salían en la computadora, pero hice lo que pude con lo que tenía en casa. Usé el sillón y las sillas como paredes; las cobijas que mamá guarda en el ropero de mi cuarto eran el techo. Puse en la entrada el suéter del uniforme, no encontré una mejor alfombra; las almohadas servían de puerta. Tardé más de lo que pensaba porque a cada rato se caían las cobijas, pero después junté más las sillas con el sillón, y quedó listo. Lo construí para divertirme, no esperaba otra cosa, por eso al entrar me costó mucho creer que el Minotauro estuviera ahí, en mi laberinto. Con su cabeza de toro y con su cuerpo de persona. Sus ojos negros, todos negros sin nada de blanco, me miraban. Tan brillantes que podía verme en ellos. No sé cuánto tiempo pasó, pero no pude moverme, las manos me sudaban. Me sentía como cuando mi mamá me dejó tomar una taza de café. Dudaba de lo que veía: no sabía si era real o un sueño. Cuando por fin pude moverme, me acerqué y me di cuenta de que olía a ropa recién lavada. Intenté hablar con él, pero no respondió. Hizo ese ruido con la nariz, el que hacen los toros en las caricaturas.

No insistí. Acomodé las cosas antes de que mamá llegara.

Comencé a construir los laberintos en las tardes, mientras ella iba a trabajar. Comía rapidísimo, sin masticar 20 veces como dice mi abuela que hace la gente educada. Me apuraba con la tarea sin prestarle

mucha atención. En Matemáticas usaba la calculadora que mamá esconde en el segundo cajón de la cocina, el que tengo prohibido abrir porque es el de los cuchillos. En varias operaciones nada más cambiaba un número, así ni ella ni Miss Sofía sospechaban que las tuviera todas bien.

Al principio el Minotauro ni me miraba; poco a poco nos hicimos amigos. Me le quedaba viendo y, aunque no me respondiera, le platicaba de Paula, de la escuela, de mi mamá y de mis abuelos, del nuevo novio de mamá. Así pasamos algunas tardes hasta que un día él volteó a verme y me dijo que hablaba mucho. Quise decirle que era un grosero, que cuando a uno le dicen algo debe responder al instante, pero tuve miedo de que volviera a quedarse callado y mejor le pregunté por qué apareció en mi laberinto. Tardó en contestar, a lo mejor le incomodaba mi pregunta. Su voz de señor adulto respondió contándome la historia que yo ya había leído. De algunas palabras que decía no me sabía el significado, se lo dije y me las explicó. Dos días después lo invité a jugar.

De todos, su juego favorito es el de las escondidas. Primero lo jugábamos adentro del laberinto, luego me di cuenta de que sería más divertido si usábamos los demás cuartos del departamento. Él no quería salir, siempre se regresaba, hasta que pasó lo de la escoba. Recuerdo que esa vez me escondí en el cuarto de mamá, debajo de su cama. Me quedé ahí

mucho tiempo, viendo el colchón y las maderas que lo sostienen. El piso se sentía más frío que en los otros cuartos. Me acordé de algo que me dijo Paula: si cierras los ojos, piensas en el chico que te gusta y dices su nombre en voz baja, él también pensará en ti. Lo intenté con el Minotauro porque yo creía que igual funcionaba con los amigos. Como no venía, fui a la puerta y la abrí un poco, para darle una pista de que ése era mi escondite. Aun así no entró. Empecé a aburrirme y entonces hice algo que me avergüenza. Me puse a buscar en los cajones de mamá cosas que pudiera utilizar para jugar con el Minotauro. Encontré un álbum de fotos. No era el mío. Ése sólo era negro, sin estampitas de My Little Pony. Vi las fotos nada más de pasada, pero una llamó mi atención. Era de dos niñas con vestidos azules; una estaba arriba de un caballito de feria y la otra a su lado, de pie. Por un momento pensé que yo era la del caballito. Me llevé la foto y regresé a la sala. El Minotauro estaba de nuevo dentro del laberinto. Fui al baño, traje la escoba y con ella lo piqué, pero no muy fuerte, en la espalda hasta que salió de nuevo. Al preguntarle por qué no quería abandonar el laberinto, me respondió que su destino era estar ahí para siempre. Escuchar eso me dio mucha tristeza, así que le prometí que encontraría la manera de ayudarlo. Guardé la foto debajo de mi almohada.

Los problemas vinieron un sábado: ese día mamá trabaja menos horas. Yo no me acordé y ella llegó

temprano, vio las sillas y las cobijas en la sala y me regañó. Se veía tan enojada que pensé que me iba a pegar, aunque nunca lo había hecho.

Pero no, no me pegó; después del regaño sólo me dijo:

—Recoge tu desastre.

Y se fue a cambiar a su cuarto. El Minotauro aprovechó para salirse de debajo de la mesa y meterse de nuevo en el laberinto. Luego mamá regresó y siguió diciéndome:

—No me gusta que juegues así. Hay más cosas que puedes hacer. Y más divertidas.

A mí me dio coraje escuchar eso, y mientras sacudía las cobijas le pregunté qué tenía de malo jugar así.

No respondió.

Pensé en contarle todo, pero al final no lo hice. Sabía que no iba a creerme. Acomodé las sillas en su lugar y llevé las cobijas al ropero. Entonces se me ocurrió que si le hacía un dibujo del Minotauro y le contaba lo que pasó, cómo nos conocimos y nuestros juegos de las tardes, ella se daría cuenta de que algo así no puede inventarse; ya no tendría dudas de que el Minotauro existe.

La idea me emocionó muchísimo, y ese mismo día dibujé al Minotauro. Aunque la verdad no quedó como quería, porque yo imaginaba el dibujo con acuarelas, y terminé usando mis colores porque ya no tenía cartulina y las hojas se rompían con el agua. Eso

sí, remarqué sus ojos, la nariz y la boca con la pluma que mamá utiliza para anotar las cosas del súper. Le entregué el dibujo en la cena. Pero ni lo miró bien, nomás lo puso a un lado de su taza y me preguntó:

—¿Lo copiaste del libro?

Como que se arrepintió de decirme eso, porque luego no dijo nada. Hasta que se acabó su taza de café volvió a hablarme:

—Te quedó bonito, amor.

Trataba de sonreír, yo mejor la ignoré. Conté las veces que masticaba mi bocado. Antes de llegar al 20 me habló de nuevo:

—Oye, ¿por qué no mejor me haces un dibujo de nosotras? —y me sugirió que incluyera a su novio—. Seguro le gusta —dijo.

No recuerdo si le contesté. Creo que volví a masticar mi bocado.

Después de dejar los trastes en el lavadero, agarré el dibujo. Mamá lo había pegado en el refri con mis imanes de flores. Guardé la hoja junto a la foto de las dos niñas, debajo de mi almohada. Allí estaban las dos cosas ahorita que fui por ellas y las metí en mi mochila, encima de mi ropa. Mamá sigue ahí, en su cuarto. Ni siquiera se asomó cuando le marqué a mi abuela para contarle todo, para explicarle lo de mi tía.

Tenemos que apurarnos, mi abuela conoce el plan y puede avisarle.

Ahora entiendo que sólo puedo confiar en el Minotauro. No veo en su mirada de toro fortaleza ni valentía, pero tampoco miedo. Agarro su mano. Él también confía en mí, por eso trato de mostrarme valiente.

Meto la llave y despacio muevo la chapa; no quiero que la puerta suene al abrirse. Lo mismo hago al cerrarla.

Buscaremos a otros minotauros. Todos juntos iremos a un lugar sin laberintos.

Sin soledad.

UCUENCA



Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2022
bajo el sello editorial UCuenca Press.

Cuenca - Ecuador



Cada uno es una nave hecha para el agua profunda, un sumergible, también un verano en otra lengua, mal escrito pero conjugado que es lo mismo. Este libro convoca a escritores de menos de 35, pero los años no dicen tanto como el momento e igual nos gusta el absurdo. Las aulas nos juntan ahora, somos y fuimos. Aquí encontrarán textos abisales, una cuidadosa selección, algún infiltrado, el resultado de navegar por los pasillos de la UCUENCA y las páginas-luz de Punto de Partida y Punto en Línea de la UNAM. Aquí cuentos y más cuentos, poesía y más poesía, capturas húmedas del ahora. Sí, creemos en las fronteras líquidas, en los géneros fluidos, no negamos los naufragios y nos mostramos en la superficie solo para decir lo que sentimos, estorbe a quien le estorbe.

editorial.ucuenca.edu.ec

UCUENCA PRESS 

